

DOCUMENTO II:

“Las Colonias españolas”, en Denis Diderot (1713-1784), *Tratado de la barbarie de los pueblos civilizados*, Barcelona, Ediciones de Pasado y Presente S. L., 2011, pp.165-168.

México:

Se desconoce la historia de México anterior a la época de la fundación del imperio. A decir verdad, los historiadores castellanos sostienen que antes del siglo X, ese vasto espacio apenas estaba poblado por hordas errantes y salvajes. Nos dicen que, en aquella época, unas tribus procedentes del norte y del noroeste ocuparon una parte del territorio y trajeron costumbres más apacibles. Trecientos años después, un pueblo aún más avanzado, venido de California, se estableció en la orilla de los lagos y construyó México. Sostienen que esta última nación, muy superior a las demás, durante largo tiempo sólo tuvo jefes más o menos hábiles a los que instituía y destituía según convenía a sus intereses. Nos dicen que la autoridad, que hasta entonces era compartida y revocable, fue concentrada

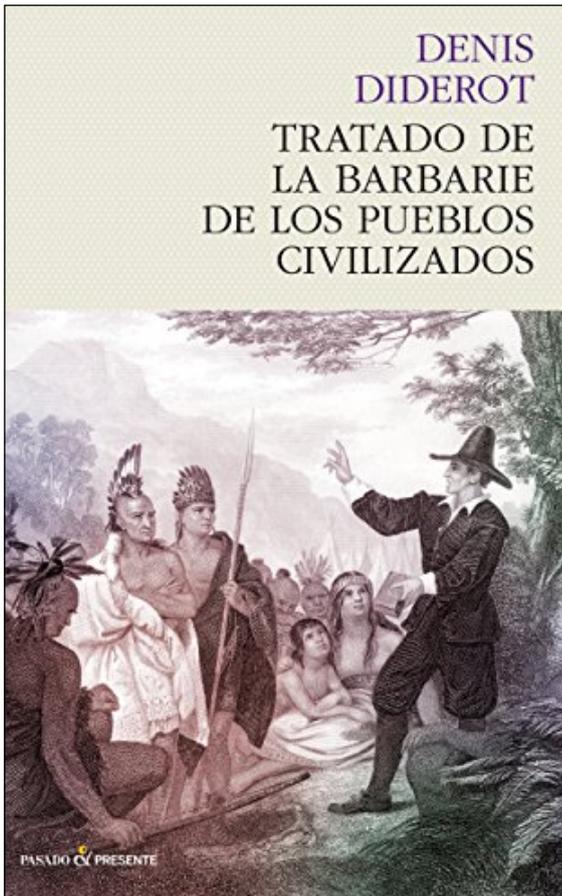
en un solo individuo, y que se volvió inamovible durante ciento treinta o ciento noventa y siete años, antes de la llegada de los españoles. Sostienen que los nueve monarcas que llevaron la corona sucesivamente dieron al Estado una extensión que no había tenido jamás bajo ningún gobierno. Pero ¿Qué credibilidad puede otorgarse a unos anales confusos, contradictorios y repletos de las fábulas más absurdas que jamás se hayan contado a la credulidad humana? Para creer que una sociedad de

dominio tan extenso, con tantas instituciones y mecanismos tan regulares, tuviera un origen tan moderno como se ha sostenido convendrían otros testimonios aparte de los de **feroces soldados** [cita al pie: Como Bernal Díaz del Castillo o Hernán Cortes mismo], que carecían de talento y la voluntad de examinar



Denis Diderot (1713-1784)
El confidencial.com_original_84_4_361_b62_844

las cosas; convendrían otros garantes aparte de los **sacerdotes fanáticos**, que sólo pretendían elevar su culto sobre las ruinas de la superstición con las que se tropezaban. ¿Qué sabríamos hoy de China si los portugueses la hubieran incendiado, devastado o destruido como a Brasil? ¿Seguiríamos hablando de la antigüedad de sus libros, sus leyes y sus costumbres? **Hasta que no se permita que los filósofos se adentren en México a fin de descubrir y descifrar las ruinas de su historia, y estos eruditos no sean monjes ni españoles, sino ingleses y franceses que dispongan de toda la libertad y todos los medios necesarios para descubrir la verdad, ésta no saldrá a la luz**, suponiendo que la barbarie no haya destruido antes los monumentos que constituyen sus trazas.



Sin embargo, estas investigaciones no podrían proporcionar un conocimiento exacto de la antigua población del imperio. Según los conquistadores, ésta era inmensa. El campo estaba bien poblado, las ciudades rebosaban los ejércitos eran muy numerosos. **¡Estúpidos testigos!** érais vosotros quienes asegurabais que se trataba de un Estado naciente, agitado por guerras continuas; que todos los prisioneros eran aniquilados en el campo de batalla u ofrecidos en sacrificio a los dioses; que tras la muerte de cualquier emperador, cacique u hombre ilustre, se inmolaba un número de víctimas proporcional a su dignidad sobre su tumba; que un gusto perverso desdeñaba a las mujeres; que las madres daban el pecho a sus hijos has que éstos tenían cuatro o cinco años, con lo que dejaban de ser fecundas muy

pronto; que en todas partes los pueblos sufrían los abusos incesantes del fisco; que las provincias estaban cubiertas de aguas turbias e inmensos bosques, y que los aventureros españoles sufrieron más por la escasez que por las largas marchas o las saetas del enemigo.

¿Cómo conciliar los hechos confirmados por tantos testigos con la supuesta existencia, solemnemente atestiguada en vuestros orgullosos anales, de una población excesiva? Antes que la lúcida filosofía pudiera examinar con atención estas extrañas contradicciones, y como que **el odio**

que os profesaba confería credibilidad a vuestras alocadas exageraciones, todo el mundo creía que México no era sino un desierto en el que habíais llevado a la tumba a un sinfín de generaciones. No cabe ninguna duda de que, a menudo, **vuestros feroces soldados** se mancharon las manos con sangre inocente; que **vuestros fanáticos misioneros** no se opusieron a semejante barbarie, como deberían haber hecho; o que **una tiranía inquieta, una avaricia insaciable arrebataron a esta desdichada parte del Nuevo Mundo muchos de sus hijos; pero, con todo, vuestras crueldades fueron menores de lo que los historiadores de vuestra rapiña han hecho creer a las naciones.**

Cortés fue déspota y cruel. sus éxitos están maculados por la injusticia de sus intenciones. Fue un asesino tinto en sangre inocente, pero sus vicios son propios de su tiempo o su nación, y sus virtudes son suyas. **Imaginad a ese hombre** en algún pueblo de la antigüedad. Imaginad **que tuviera otra patria, otra educación, otras costumbres, otra religión.** imaginadlo a la cabeza de la flota que se enfrentó a Jerjes, o entre los espartanos que acudieron al paso de las Termópilas, o entre los generales bátavos que se liberaron de la tiranía de sus compatriotas, **y entonces Cortés se alzaría como un gran hombre. Sus cualidades parecerán heroicas y su memoria, irreprochable.** Si Julio César hubiera nacido en el siglo XV y hubiera sido general en México, habría sido más infame que Cortés. Para excusar las faltas que se le han reprochado es preciso preguntarse qué cabe esperar de un hombre que se internó en regiones desconocidas hasta entonces y que tenía que matar por su seguridad. Sería injusto compararlo con el apacible fundador que conoce el país, que dispone a sus anchas de medios, de espacio y de tiempo.

